

poco menos que imponiéndole la marcha á Metz; se cruzó este despacho con otro de Mac-Mahón á Palicao, diciéndole: «Bazaine ha escrito el diez y nueve que esperaba efectuar su retirada por Montmedy. En su virtud, voy á tomar mis disposiciones.» Al mismo tiempo, el mariscal había escrito á Bazaine: «Voy á Montmedy. Pasado mañana estaré en el Aisne, de donde obraré según las circunstancias, para ir al socorro de usted.» Un segundo despacho de Bazaine, escrito el veinte, se recibió durante el mismo día veintidós. «El enemigo, decía, crece sin cesar á mi alrededor..... Avisaré á usted mi marcha, si es que puedo emprenderla sin comprometer el ejército.» Este despacho no llegó á manos de Mac-Mahón, el cual se puso en movimiento el veintitrés. La salvación dependía de que se caminase con celeridad extraordinaria, cosa punto menos que imposible para un ejército de cohesión tan débil. El enemigo había distribuido sus fuerzas en cuatro ejércitos. Si se marchaba á toda prisa hacia el Mosa y Montmedy, por el oeste del Argonne, se podía evitar el encuentro con el tercer ejército alemán, el del Príncipe real, que se adelantaba hacia Chalons por Commercy, Bav-le-Duc y Vitry, y solamente se tropezaría con el cuarto ejército, formado después de la batalla de Saint-Privat, que mandaba el príncipe de Sajonia, con orden de apoderarse de Verdun y unirse al tercer ejército. Se podía abrigar la esperanza de derrotar al príncipe de Sajonia, con tal que Bazaine atacase al mismo tiempo los ejércitos primero y segundo. Mas para esto era menester adoptar una resolución desesperada, lanzarse adelante, sin mirar atrás. Pues lejos de esto, Mac-Mahón anda como quien mide los pasos, no cesa de preocuparse de su línea de comunicación con París, duda, separa parte de sus tropas al oeste, hacia Rethel, en vez de atravesar en derechura el Argonne. Los cuerpos á su vez vacilan; algunos sólo andan unos cuantos kilómetros por día. En el servicio de víveres, en el de equipajes, en todas partes reina la mayor confusión. Se carece de voluntad directora. El veintisiete debió haberse llegado á Sedán, y el veintiséis por la tarde la vanguardia se hallaba todavía hacia Grandpré, y dos cuerpos apenas habían salido de Rethel.

El tiempo perdido era irreparable. El enemigo se acercaba. El príncipe de Sajonia, rechazado vigorosamente por la guarnición y los habitantes de Verdun, había dejado esta plaza, pasado el Mosa y lanzado su caballería por los bosques y desfiladeros del Argonne. Al sur, el Príncipe real de Prusia empujaba sus exploradores desde Vitry hacia Chalons. El veinticinco, se enteraron los prusianos de la marcha de Mac-Mahón á Metz, y los ejércitos tercero y cuarto recibieron orden de converger hacia el ejército francés. El plan de los invasores era llevar su cuarto ejército á Stenay, para hostigar al través del Argonne el flanco derecho de los franceses, mientras que el tercer ejército penetraría en el Argonne por el oeste, y con este doble movimiento se lograría envolver á Mac-Mahón. El veintiséis, los exploradores del tercer ejército aparecieron en Grandpré, en el centro del Argonne, y el Rey de Prusia, que se había incorporado á este ejército,

sentó su cuartel general en Clermont: el cuartel general francés se hallaba todavía en el opuesto confin del Argonne, en Chene-Populeux. El veintisiete, Mac-Mahón se enteró del movimiento de concentración de los dos ejércitos enemigos; reconoció «que ya no se podía hacer nada por Bazaine»; previa conferencia con el Emperador, resolvió torcer al Oeste, y envió á decir á Palicao que tomaba el camino de Mezieres, de donde continuaría su retirada hacia el Oeste, según los sucesos. Este era el único partido sensato y posible. Al recibir este despacho, once de la noche, Palicao telegrafió apresuradamente al Emperador que, si abandonaba á Bazaine, la revolución estallaba en París. «Lleva V. M., añadía, cuando menos treinta y seis horas de delantera, quizás cuarenta y ocho horas, al príncipe real de Prusia.» En otro despacho, expedido á la una y media de la mañana, apremiaba á Mac-Mahón, «en nombre del Consejo de Ministros y del Consejo privado, á llevar socorro á Bazaine». Esto era aberración, vértigo.

El desdichado Napoleón III tuvo una ráfaga de buen sentido, haciendo notar á Mac-Mahón que la marcha á Montmedy era muy peligrosa, y que lo mejor sería volver al proyecto de la víspera encaminándose á Mezieres. Entonces se obró en Mac-Mahón un fenómeno psicológico muy extraño: opuesto hasta entonces á ir á Metz, ahora que el proyecto de Palicao de audaz había pasado á ser insensato, se empeñó en llevarlo á cabo, mandando á los cuerpos que estaban ya en camino por la izquierda para Mezieres, torcer á la derecha, hacia Montmedy. Este cambio consternó al ejército, el cual sentía por instinto que la salvación estaba en París. El movimiento inverso que se le impuso ocasionó gran confusión, que aumentaron las órdenes y contra-órdenes sobre la dirección de los cuerpos. El tiempo era horrible: la lluvia y el lodo duplicaban la tristeza del soldado. El día veintiocho, casi no se dió un paso. El veintinueve, un solo cuerpo, el doce, que mandaba el general Lebrun, pudo pasar el Mosa, por Mouzon, y al día siguiente, lo pasó el primer cuerpo al mando de Ducrot, por Reuilly; pero los cuerpos quinto y séptimo, á las órdenes respectivamente de Faily y de Douai, quedáronse rezagados en la margen izquierda, en Stonne y en Beaumont. Estos dos jefes no se entendían. Ambos veíanse amenazados y hostigados por la caballería enemiga, que empezaban á apoyar la infantería y la artillería. Las masas alemanas se acercaban por todas partes. Douai, á lo menos, vigilaba; Faily «estaba en el campo como en plena paz», según expresión del historiador de esta guerra, Mazade. «De repente, hacia medio día, cuenta otro historiador, Alfredo Duquet, estalla una granada en medio de las tropas; en un instante, los bosques se esmaltan de copos de humo blanco; toda una línea de fuego se enciende alrededor del quinto cuerpo». Así anunció su llegada el cuarto ejército alemán, el del príncipe de Sajonia, cuya aproximación no pudo avisar una sola patrulla. Los generales almorzaban en la aldea de Beaumont; los soldados preparaban su rancho; los caballos estaban abrevándose; los cañones, desuncidos. El espantoso desorden que causó esta sorpresa parecía preludio de

una derrota sin combate. Un bravo oficial, el coronel de Behague, toma el mando, junta dos regimientos de línea y un batallón de cazadores, y recibe á descarga cerrada á las masas enemigas que bajan del bosque. Behague cae de un balazo; los oficiales que le reemplazan caen á su vez, y los batallones franceses, rotos por la artillería alemana, son rechazados hacia Beaumont, dejando en poder de los prusianos el bagaje y parte de los cañones. No acabó aquí la lucha. Los restos de estos batallones retroceden al norte de Beaumont, á unirse á las demás fuerzas del quinto cuerpo, que había ganado las alturas vecinas del Mosa y que, en esta posición, ocupada por desdicha demasiado tarde, se mantenía firme. Pero, durante este tiempo, el ala derecha, abrumada, empezaba á desbandarse, y el quinto cuerpo hubiese sido por completo destruido á no haber corrido á su socorro el general Lebrun. Sus restos pasaron el Mosa por Mouzon, en confusión tan horrible, que ésta se comunicó á los que les habían socorrido. Llegó la noche, noche llena de siniestros presagios; presentíase que la jornada de Beaumont era el prefacio de otra mucho más terrible.

Mac-Mahón ordenó la retirada hacia Sedán. Esta plaza, famosa en las antiguas guerras, no podía servir, con la artillería moderna, de punto de apoyo á un ejército, sin contar con que carecía de municiones de guerra y de depósito de víveres. La ciudad se asienta en una hondonada, especie de embudo atravesado por el Mosa, y la domina un doble círculo de alturas, que se prolongan por la margen derecha hasta el bosque de los Ardennes. En vez de pasar la noche en Sedán, el mariscal debió haber hecho desfilar las tropas hacia Mezieres, después de unas horas de descanso. Mas ¿era todavía posible la retirada hacia Mezieres? Fuéralo ó no, era incapaz de realizarla Mac-Mahón, que flotaba en sus habituales indecisiones y en angustias desesperantes, ante un enemigo que no vacilaba, que no perdía instante, que maniobraba con doscientos veinte mil hombres y más de ochocientos cañones, resuelto á coger al ejército francés en aquella ratonera. Todavía Mac-Mahón cometió otra falta: establecer las tropas en el hemicírculo interior de la derecha, no en las colinas exteriores, donde no se le hubiese podido envolver. El ataque empezó el primero de Septiembre, al rayar el alba. Los bávaros, habiendo pasado por el puente de Bazeilles á la margen derecha del Mosa, atacaron vigorosamente la aldea de aquel nombre, al tiempo que la guardia real prusiana y el cuerpo sajón, que habían franqueado el Mosa por mucho más arriba, rechazaban, después de mortífera lucha, la vanguardia del primer cuerpo francés, de las alturas que dominan la margen oriental del Givonne; otras masas operaban en sentido inverso debajo de Sedán, habiendo empezado á pasar el Mosa en Donchery antes del día, para ir á cortar en Wrigne-aux-Boix el camino de Mezieres. La acción arreciaba por momentos en Bazeilles y en el Givonne. Poco antes de las seis de la mañana, Mac-Mahón, que había subido, para enterarse del estado de las cosas, á las alturas del Moncelle, perdió el caballo de un disparo de obús:

contuso y magullado, no hallándose en estado de seguir dirigiendo el ejército, traspasó sus poderes al comandante del primer cuerpo, el general Ducrot, el cual había sido siempre partidario de la retirada á Mezieres. ¿Había alguna probabilidad de poder efectuarla en estas circunstancias? Probablemente no. Esto no obstante, Ducrot empezó por hacer subir el primero y el séptimo cuerpos del valle á la meseta de Illy, con el fin de ir á tomar, en Saint-Menges, el camino de Mezieres. Perdidos por perdidos, quizás era preferible intentar este esfuerzo desesperado á dejarse aplastar en el embudo de Sedán. Pero, en estos instantes, ocurrió nueva peripecia. El general Wimpffen, que desaprobaba la marcha á Mezieres, juzgándola imposible, exhibió una carta del ministro de la Guerra, el cual le investía del mando caso de inutilizarse Mac-Mahón, é hizo esto con el propósito, primero, de seguir defendiendo las posiciones, y luego, de emprender una retirada inversa, al Este, hacia Carignan. Esto era volver al camino fatal de Montmedy. Estos cambios de mando en pocas horas, estos movimientos y contra-movimientos, no podían menos de desorganizar la resistencia de aquel desgraciado ejército y acelerar la catástrofe. Las posiciones que se acababan de abandonar por orden de Ducrot no era posible recobrarlas, por haberlas ocupado el enemigo, que se había apoderado de Bazeilles y ganado terreno por el valle del Givonne, á la vez que, por la parte opuesta, los alemanes avanzaban igualmente, acercándose el instante en que las dos masas se diesen la mano y cerrasen el círculo alrededor del ejército francés. Hacia la una de la tarde, habiéndose apoderado los prusianos de Floing y amenazando envolver la izquierda de los franceses, Ducrot reunió toda la caballería de que pudo disponer, al mando del general Margaritte, y la lanzó contra la infantería alemana. Margaritte cayó del primer balazo; le reemplazó el general Galiffet, que se precipitó adelante sin reparar en obstáculos. Por tres veces, aquellos caballeros se rehicieron y renovaron la carga, hasta que, agobiados bajo un diluvio de balas, cubrieron la tierra con sus cadáveres. Cuéntase que el rey de Prusia, que seguía desde las alturas de Frenois las fases de la batalla, dejó escapar un grito de admiración.

No despleaban menos heroísmo la infantería y la caballería, defendiendo al noroeste de Floing la parte de la meseta llamada Calvario de Illy, última posición que protegía al ejército francés y adonde convergían los fuegos cruzados de más de quinientos cañones enemigos. Por tres veces las tropas francesas, no pudiendo resistir la lluvia de proyectiles, evacuaron aquel teatro de muerte, y siempre sus jefes las reunieron y volvieron á llevarlas á él. Exaltado por la desesperación, aquel ejército parecía reunir todo lo que le quedaba de energía para morir honrosamente. Firme se mantuvo la infantería hasta las dos de la tarde, en que se desbandó, y sus restos, mezclados en confusa masa, perseguidos de todos lados, en el pequeño espacio que les quedaba, por proyectiles mortíferos, rodaron como un torrente hacia Sedán, se amontonaron en la ciudad y sus arrabales, donde